

Modulaciones de la ficción

Editores

Nicolás Jozami y Victoria Ferrara

Autores

Agustín Robador - Agustina Garrott

Andrea Barrena - Ailén Figueroa

2017

Consumación de una avalancha

Una piedra que comienza a rodar arriba puede causar una avalancha. Una piedra en nuestra espalda puede convertirnos en Sísifos aprendices. Cada uno de nosotros guarda (atrás, en la espalda, o adelante, en su pecho) historias, momentos, esplendorosos estallidos que juegan a querer salir. El Taller de Escritura Creativa con Orientación a la Ficción Breve ha sido la montaña que los distintos Sísifos han escalado con sus piedras llenas de tinta, de blancura dispuesta a ser cubierta por el estilo siempre personal, siempre inatribuible a otro. Las avalanchas destruyen todo a su paso; la persistencia de su rodar es lo que las vuelve asombrosas. En este taller, los participantes han generado una avalancha de escritura, pensada, reconstituida, debatida con fragor, y desde donde consumaron –entre otros *work in progress* dispersos– estos relatos que ahora ofrecemos y pueden leer en este cuadernillo.

Los nacimientos literarios tienen esa particular congoja: el que los escribe puede reconocerse en ellos, pero también juega a creer que no son del todo propios, que podrían estar mejor. Y es cierto esto, aunque lo primero también. He allí el mito de la creación, donde la mejor obra será la no escrita, la futura, pero cuyos esbozos configuran con el tiempo, el esfuerzo, la voluntad, la corrección, la búsqueda de los propios fantasmas, la genuina consumación de un destino. Quiero agradecer, para finalizar, a mi compañera de ruta en este proyecto (y en otros), la profesora Victoria Ferrara, quien dictó una consigna del taller sobre personajes saramaguianos donde necesitamos ingeniárnoslas para atravesar una escarpada cuesta; a la profesora Corina Buzelin Haro, quien con una celeridad y disposición inmensas, buscó imágenes y diseñó el cuadernillo con los cuentos que aquí se reproducen; a Osvaldo Mirando, alma Mater de la Biblioteca Popular Ciudad de los Naranjos, que nos abrió las puertas y cobijó durante los meses del taller; por último, a los autores aquí seleccionados, pero también a todos los participantes del taller.

Ojalá sigan y se multipliquen este tipo de iniciativas desde el Departamento de Humanidades, de la Universidad Nacional de La Rioja, institución a la que hago extensivo el agradecimiento, por permitir la realización de este proyecto.

Nicolás Santiago Jozami

Índice

Hasta el fin de las palabras	<i>Agustín Robador</i>
Sueño pesado	<i>Agustina Garrott</i>
La Fiesta	<i>Andrea Barrena</i>
Artista	<i>Ailén Figueroa</i>
Disparo vertical	<i>Agustín Robador</i>
Sin necesidad	<i>Agustina Garrott</i>
Caleidoscopio	<i>Andrea Barrena</i>
Una noche	<i>Ailén Figueroa</i>



Hasta el fin de las palabras

Agustín Robador

No hay manera de describirla. En los entornos humanos ella es diosa, y en los entornos divinos, es la gloria. La he visto una sola vez, pero con eso me alcanzó para volverme su esclavo. Soy devoto y fiel siervo a su memoria, y su cuerpo inmortal renace una vez más cuando pronuncio su nombre.

La conocí por curioso, en un camino que siempre temí recorrer de vuelta a mi casa. Habrán sido como las tres de la madrugada, en un día de borrachera. Era turbia, hasta maquiavélica la calle. Se notaba que los verdugos azules temían su oscuridad. Y allí estaba yo, un enclenque puberto, creyendo que si algún ser de la noche aparecía lo iba a poder detener, porque había visto tutoriales de defensa personal por internet.

A la espera, entre puños cerrados, caminaba. Me entretenía con los graffitis de aquellas casas, y el silencio nocturno era el ambientador ideal para la velada. Escuché chirridos de bolsas, pasos apresurados, ecos y murmullos; ya no estaba distraído.

Una casa en particular –observé– tenía un dibujo de un cuervo postrado sobre una tumba deshecha, con una frase que decía en letras candentes: “somos la carne muerta que da vida, a la vida”.

–Sí, sí... ya estoy llegando a eso. Fue en una casa, a metros de la que nombré. Tenía un maquillaje a peste y también garabatos ¿Que por qué entre? Porque algo me incitaba, algo como una sensación, como un hogar. Pasé pisando tierra marchita de lo que parecía ser un jardín, subí los dos escalones que tenía como entrada, me apoyé en uno de los dos pilares, y caminé lenta y confiadamente hacia el interior. Sí, no tenía puerta, así que pasé. Me recibió una escalera polvorienta y a la izquierda una habitación vacía. Sabía que en esta casa no se producía vida hacía años, pero también que con algo me iba a encontrar; al menos, con una buena historia.

Sin darme cuenta, ya estaba dentro de la amplia habitación y me sorprendió que no estaba solo: había una mujer. Estaba de espaldas, como mirando a una de las paredes lisas, sin moverse. Si no fuera por su cabello rizado de escarcha, hubiera pensado que era parte de la inhabitada casa. Y hubiera tenido razón. Me acerqué a ella con pasos temerosos. Lentos mis pasos, casi imperceptibles. Me acomodé atrás, y antes de que pudiera dar la bocanada de aire para hablarle, ella dijo:

–Sí, yo también te veo mi querido Ángel. La espera me estaba marchitando ¿Has venido a llevarme?

¿Cómo sabía que me llamaba Ángel? No me asusté, sólo tuve más curiosidad y le respondí en un tono sarcástico.

–Sí, amada mía. He venido por ti.

Ella lentamente levantó una de sus manos, y tocó la pared dejando su huella.

–Has llegado tarde–, dijo. –Yo ya me he escapado. Seguidamente, se dio vuelta y vi cómo lentamente se hacía una con la pared, mientras su blanca sonrisa mostraba su victoria, hasta que desapareció por completo.

Me asusté, quise correr pero en cambio decidí acercarme a la pared y, entre la furia y el deseo, empecé a romperla. Entre cada acometida que le lanzaba, la pared exhalaba más y más polvo, hasta que toda la habitación se nubló, y dejé de golpear cuando no pude frenar la tos. Lo que pude ver era que todo se había convertido en escombros, excepto su huella, y abajo, su nombre: “Giuliana”.

–¡Ja, no seas mentiroso, Ángel! Nadie te va a creer esa historia.

–Callate Gabriel, que ahora, gracias a vos, Giuliana es más real que nunca.

Sueño pesado

Agustina Garrott

Lo había soñado lleno de sangre, tirado en una ruta con la ropa limpia. Sí, la ropa limpia y reluciente. La sangre le recorría el cuerpo como si fuese transpiración, y la ropa limpia sin percutirse de rojo. ¿Qué quiere decir eso?

La policía encontró el cadáver en un río en las afueras del pueblo; estaba desnudo y atado con cinta transparente. La boca atorada con miles de tuercas y sellada; prensado en cinta. ¿Había sido así realmente? No tenía forma de saberlo. Después de todo lo encontró la policía, ella no. Lucía solo podía recordarlo en el cajón, rodeado de seda y con una expresión apacible. ¿Cómo podía tener esa expresión en su rostro si antes había estado atorado por tuercas?

“Asesinato a sangre limpia” decían los titulares en los diarios; ¡qué poco serio suena!, pensaba, recordando. Los diarios dicen tanto sin decir nada. Acusaban al juez Mansilla de asesinato. Pero ¿un asesino habría sido capaz de tocarla con esa ternura? Era imposible. ¿Y por qué ese sueño ahora? ¿Después de tantos años? Ahora ya tenía su vida hecha; sus hijos, una hermosa casa, un marido que la amaba y una carrera prometedora.

Sí, su marido la amaba y ella era sólo para él. Martín era un buen hombre, de eso estaba segura; además, ahora podía firmar: “de Mansilla”, la esposa del juez, un hombre impecable. Los diarios no lo conocen, no saben nada de él, ni de nosotros.

“Un error no se convierte en verdad por el hecho de que todo el mundo crea en él”. Un asesino no puede tener los ojos de ternura, ni preparar el desayuno, ir a misa o ser un padre ejemplar. Un asesino no puede vivir en la pulcritud. Un asesino jamás lleva el amor hasta su más alta expresión, a ese punto capaz de eliminar a cualquiera que pueda atentar contra él. Nunca.

Un asesino no hace esas cosas.

La Fiesta

Andrea Barrena

“A veces, por las noches, enciendo la luz para no ver mi propia oscuridad”

Antonio Porchia

Recorro los interiores de aquella fiesta una y otra vez encontrando, medio desorientado, más realidad que locura, más verdades que misterios. Lo curioso es, sin embargo, que yo no estoy en ella. No recuerdo cómo di con este lugar, ni cómo sobreviví después de, tengo casi la certeza, tantísimos años sin una rutina diaria y sin poder reconocermé. Al despertar, recito una cita de mi obra favorita y la formación completa del equipo de fútbol que sigo desde siempre, y todos los días me digo, al ver mi geografía derruida en la pared: “Claro, como si eso fuese a salvarte. Cagón”.

Es increíble la percepción de los días aquí. Tan apacibles, como el gesto de la abuela que recibe a sus nietos con esos abrazos que le hacen sentir a uno que el misterio de la felicidad se resume en ese instante infantil. Aunque para todos acá eso es una simple cursilería descartable.

No me haga caso, sólo es una manera de suavizar esta agonía; volvamos a la fiesta. Se celebra por las noches. Infernales y con la impresión de sentir el aroma a eternidad, sombría y caníbal; por demás seductora, haciendo temblar al hombre más justo que conozcas. Allí los bandos se confunden, son uno, surgiendo la perfecta y tan santa Trinidad con la que buscan elevarse al paraíso con la ayuda de ese Dios que se oculta en las calles, solícito de socorrer a toda alma en pena que lo requiera.

Los dolores no existen, son un mal trago de vino o de lo que consideres acerbó. La locura nunca fue tal, sólo una falsa interpretación deforme de la alegría; dígame si no por qué la someten a tal difamación. Acaso está reservada por juicio divino a aquellos capaces de sentir el mundo con pasión desmedida, pero sepan que éstos son incapaces de comprender con igual vehemencia.

He vuelto a divagar, lo sé. Observe aquel zaguán: en él, viejas decrepitas secuestran colegiales inocentes y les inyectan historias sin tiempo. Si entra al salón no le costará imaginar, al compás de la milonga, la danza que cautiva a octogenarios olvidados y niños decadentes. Precintos blancos y camisas sin fuerza se convierten en espectadores de este ruín carnaval veneciano. ¿Los ve?

Cuando el reloj cae en la hora muerta, la fiesta cesa y los invitados deben cruzar la puerta hacia la feliz normalidad, por la que he desfilado de incontables maneras observando, al final, exhausto, la próxima víctima. Es nueva. Su mirada aún vital queda relegada por el terror y desconcierto que se le cuela por las pupilas y reseca sus lágrimas.

De repente, el beso de su verdugo privado y su primera derrota de bienvenida. No tolero que sus ojos busquen los míos y encuentre las preguntas que no quiero contestar. Puedo asegurarle que lo que hoy considera territorio hostil pronto terminará por ser un bálsamo luego de recibir la invitación a La Fiesta.

Tendrá su paraíso pulcro, por su ventana se colará el zumbido de su cabeza y el sol. No sé su nombre y jamás lo sabré. Tampoco me importa. ¿Acaso cree que sí? ¿Ya se va? Deje, no se moleste. La puerta tiene una pequeña trampilla, sólo puede abrirse desde afuera. Permíteme preguntarle a riesgo de sonar impertinente, ¿volverá?



Artista

Ailén Figueroa

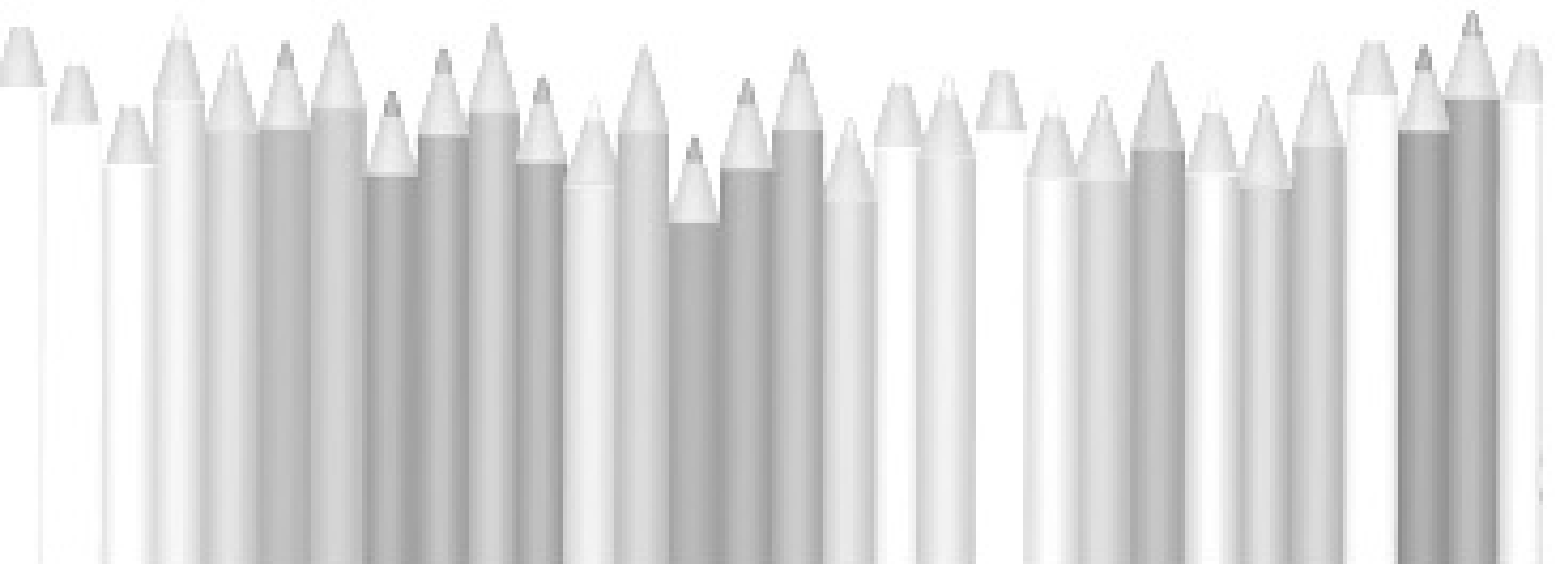
Todo comienza con el sueño de una participante del club de artistas. Es una de las más grandes, se llama Josefina, y a quien –por la J inicial– equiparan a un jefe. Las otras dos se llaman Marta y Mirna. Las tres solían reunirse cada vez que la ocasión lo permitía. En una de esas tantas reuniones, una de ellas recordó el sueño, que había pasado a ser una pesadilla, torturándola hasta dejarla sin aliento. A tal punto, que siempre se preguntaba a sí misma si lo había vivido o era una premonición.

El club seguía funcionando como siempre, con sus talleres, con sus debates, con sus salidas nocturnas, con sus obras de teatro, a las que asistía Josefina con sus amigas, conservando tanto su amistad como ese sueño. ¿Cómo era ese sueño? En él, se veía junto a un montón de personas a su alrededor; estaba maquillada al estilo barroco, con un peinado de los '60 y desnuda, completamente desnuda. Uno de los movimientos que hacía en el sueño era el de recostarse en un sillón con el cuerpo mirando para abajo, pero con la mirada como de quien ve el horizonte, mientras a su alrededor había gente que completaba la escena, mejor dicho la pintura. Al cabo de una semana, Josefina no pudo aguantar más y decidió confesarlo.

Esa semana el club había organizado una cena de bienvenida a otros artistas; iba hacer una velada larga y entretenida, donde se juntarían las tres amigas junto a los invitados. Al contarle sintió que se sacaba un peso de encima.

Cuando se dio cuenta de que el sueño tenía razón, dijo:

–El monstruo de ser artista me liberó.



Disparo vertical

Agustín Robador

Un sonido me despierta del sueño de resaca, sexo y terapia. Me di cuenta al instante que se trataba de mi jefe. Un viejo de ochenta y pico de años que ya era molesto porque sí, pero lo era más aún si era aquel que te pagaba. Para colmo no era un viejito común, de esos que lo único que hacen era gastar su plata en pastillas y alguna que otra tiki que se esforzaba en vano en intentar endurecer su palo, sino que era el cabecilla de una de las mafias más sanguinarias de la ciudad.

Debía atenderlo rápido porque tenía tanta influencia que, si deseaba, podría obligar a suicidarme. Estiré el brazo y agarré el celular sin mirar la pantalla; atendí y sí, era él.

—¿Qué te pasa bruto? ¿Por qué tardaste en atender? — dijo el viejo con su tono de superioridad que bien sabía que tenía.

—Vení rápido, tenemos una emergencia—. Y al instante cortó. Hay pocas palabras que salían de la boca de mi jefe, y emergencia no era una de ellas. Me apuré en ir al baño. ¿Qué será?, me pregunté. Me lavé la cara y, al observarme al espejo, me di cuenta que aún tenía secuelas de la noche anterior, aparte de las ojeras y los tradicionales ojos rojos. Tenía un poco de aquella “nieve” de caféina a la vuelta de toda mi nariz, por eso me pasé los dedos y luego los lamí, y un par de tetas de la noche anterior pasaron por mi cabeza. Estornudé un poco de sangre viscosa y me vestí. Salí rápidamente y me subí al auto. Activé el GPS y me puse en marcha.

—Vamos muchachos, asquerosos, siéntense que hay que hablar—. Ya se lo escuchaba al viejo desde lejos, insultando, y eso que yo aún seguía bajando las escaleras. Se podía apreciar cómo se movían las sillas, también murmullos y quejas. Entré a la sala, donde estaban todos los jefes de los barrios bajos. El de zona norte, encargado del tráfico de armas y de coimear a la policía. El de zona sur, el encargado de todas las prostitutas y de la “nieve”. El facho Cortez, que manejaba el mercado negro de órganos; el resto eran asesinos, violadores, estafadores, ladrones, empresarios o, para acortar... políticos ¿Y yo? Bueno, yo era el nieto del viejo.

—Por fin llegas malaña. Vamos, sentate y deja de dar asco—, fue lo primero que me dijo mi tierno abuelo cuando me vio.

—Sí, viejo— le respondí, y al caminar por el piso de madera, mi abuelo siguió:

—Pero cerrá la puerta, inútil—, por lo que tuve que volverme como niño chico, mientras que los mayores asesinos, temidos, me miraban y se burlaban. Al cerrarla, una presión de aire movió los pelos de todos aquellos delincuentes. Regresé hasta la silla del viejo y, al sentarme, el suelo de madera crujió.

—Apa ¿Qué andamos comiendo? —, me dijo el facho Cortez. —Mucho colesterol tapa las arterias y es un asco limpiarlas— insinuó con su acostumbrada perversión.

—Basta de estupideces— dijo el viejo, usando su arma como martillo de juez. Todos se callaron porque sabían que en ese momento, un miserable suspiro te sentenciaba a muerte. El viejo prosiguió:

—Los números no encajan, mi dinero se escapa y sé que algunos de ustedes me está tomando el pelo, y eso que ya casi no tengo ninguno—. Empezó a levantar la voz mientras todos agachaban la cabeza.

—Vamos maricones, díganme ¿Quién me está robando? — Esas eran las famosas preguntas sin respuesta del viejo, porque si tenías los huevos para hablar, sería la última vez que lo harías. Y seguía, con su típica charla de película yan-

kee. Yo pensaba en la morocha y la tailandesa que me habían salido barato porque estaban de oferta. En la blanca aspirada que hice más de diez veces sobre sus culos y en la mesa. Aún sentía la picazón y sentí que algo me obstruía la nariz. Le hiqué mis dedos y apareció un olor a flujo barato; me aumentaba la picazón mientras el viejo seguía. Aunque yo era el nieto, lo mismo me iba a pegar un tiro sin dudarlo. Me lagrimeaban los ojos, se me cerraba el pecho, y no lo aguanté. Estornudé y me saqué el moco, grande, lo arrojé al suelo, todo esto al son del arma cargada del viejo y apuntándome.

Últimas noticias, últimas noticias. Se encontraron muertos a todos los grandes jefes de la organización criminal en los escombros de una vieja bodega, donde parecía que era su lugar de reunión. El experto en construcción dice que la estructura estaba en muy malas condiciones, los pilares ya estaban a punto de ceder. El suelo de madera del sótano tenía una plaga de termitas, prácticamente estaban en una tumba.

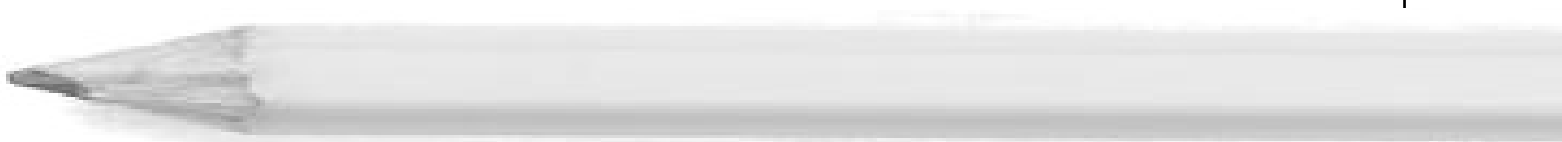
–Dígame experto, ¿por qué se desplomó justo ahora?

–Según la cantidad de muertos que encontró la policía, podríamos deducir que el peso superó en un instante la capacidad de resistencia del suelo y se vino abajo.

–¿Qué cree usted que podría haber sido el causante del derrumbe?

–La presión ejercida de algo, aunque mínimo, arrojado en forma directa hacia el suelo, que podría haber desestabilizado el ya carcomido cimiento y haber sido el que quebró la balanza que soportaba...

–Listo, muchas gracias... Bien, seguimos con otras noticias...



Sin necesidad

Agustina Garrott

–Lo que me gusta de Santiago es que ha sido Olivia alguna vez, sabe ser un hombre con los ojos de una mujer. Es como poder tener todo, así, sin necesidad de elegir.

–Pero, ¿cómo? ¿Es trans?

Él me miraba desganado desde que lo crucé, sin darme demasiada importancia. Esperaba poder ir sola aunque no me molestaba su compañía, pero este viaje iba a ser para mí, para poder entender por qué quiero casarme con Santiago; iba a usar estas 72 horas para mí. Ahora estoy acá, mirando con él esa ventana llena de mugre que lo refleja. ¡Qué maravilloso perfil! Es un hombre muy lindo, podría fácilmente ser un moderno prototipo de ken. Tener tanta belleza cerca molesta. ¿Para qué uno se cruza con la perfección si no la va a poder tener? Por eso amo a Santiago, me gusta no sentirme intimidada por su belleza. Tenemos el mismo perfil. ¿Qué hará ahora? Seguro está viendo el discurso de Obama. ¿Era hoy o mañana?

–Cuando viajo en colectivo quisiera poder ver aunque sea las finales de fútbol. Hoy juega el Manchester. ¿No te pasa que cuando viajas te sentís tan encerrado y dentro de vos mismo que quisieras salir?

–Salir de mi alma.

–Yo soy esto que gime, esto que arde, esto que sufre.

–No quiero ser esto.

–Quiero salir de mi alma, como Neruda.

–¿Emilia no? ¿Vamos a fumar un pucho? Vos sos de Villa Miranda ¿no? Seguro fumas.

–Sí, emmm. Quería dejarlo, pero vamos.

–Yo vivía antes allá, ahora solo vuelvo una vez al año para ver a mi ex.

–¿Tu ex?

–Sí, la amo. Capaz la conoces, es de apellido Almonacid.

–¿Olivia?

–Sí, ¿la conoces?

–No, bueno digamos que sí. Soy la novia del hermano, Santiago.

–Es imposible, Olivia no tiene hermanos.

Nos besamos y no se sentía como mi cuerpo, me sentía más flaca. ¡Qué placer abrazar su espalda!

–¿Estás segura vos?

–Olivia tiene novia ahora, en realidad ella no lo sabe.

–Lo que me gusta de Olivia es que ha sido Santiago alguna vez, y saber ser un hombre con los ojos de una mujer. Es como poder tener todo, así, sin necesidad de elegir.

–Pero, ¿cómo? ¿Te vas?

Caleidoscopio

Andrea Barrena

I

Un hombre preparara una tortilla de acelga. Al hacer el primer bocado, sus muelas chocan furiosamente con algo de metal. Es un anillo que, al parecer, pertenece a una mujer. Nada más.

Jamás hablaba con nadie y detestaba ir a las reuniones de consorcio. La única relación, si acaso mereciera tal nombre, era con el portero, que lo saludaba sin cansancio cada vez que entraba y salía, y que más de una vez quiso entablar una conversación con las tan odiosas frases sobre el calor o la lluvia.

Mientras tejía las hipótesis de los posibles motivos por los que el anillo había terminado en su boca, sonó el teléfono y, por un instante, lo olvidó en su meñique. Era del trabajo. Bajó las escaleras con prisa -pero no desesperado- y pidió un taxi.

Una carpeta con varios listados lo esperaba en su escritorio. Ingresar, dar de baja, ordenar y clasificar por profesión. Un error y estaba “fuera”. ¿Para qué? Después de todo, van al mismo lado. Cuando recién empezó le costaba pensar en aquellos listados como meros números. Las primeras veces la presión y la angustia lo ahogaron; hubo noches en las que el remordimiento no lo dejaba dormir, hasta que su jefe le dijo “quedate tranquilo, pibe. Estos le deben a cada santo una vela pero no son como el resto. Estos le deben al santo equivocado”. Durante un tiempo trató de hacerse a la idea hasta que sin darse cuenta ya actuaba maquinalmente. Al fin y al cabo, fue su elección y sabían lo que les convenía.

Volvió a casa como todas las noches, solo. Prendió la tele y la dejó en silencio mientras cocinaba. Puso la olla con agua al fuego y preparó el caldo que su abuela le había enseñado cuando niño. Hoy estaba con ánimos de pasta, pensó. Se sentó en el living buscando una película para acompañar la velada y sintió cómo -de a poco- un olor fétido inundaba el lugar tornándose casi imposible permanecer ahí. Recordó algo que el portero le había dicho en una de las tantas veces que lo ignoró sobre las viejas cañerías del edificio, y vaciló por un momento entre lo que creyó haber escuchado y lo que en realidad pasó. Por las dudas tiró lavandina en la bacha de la cocina, el baño, la heladera, y dejó sobre la mesa del living un par de limones que pinchó con varios clavos de olor para mitigar el hedor encerrado allí.

Son las tres de la mañana y volvió a despertarse sobresaltado. Otra vez ella, está parada ahí, inmóvil, mirándolo fijamente a los ojos con la melancolía que le rasga las entrañas y le hace apartar la vista confundido. No la conoce, pero ella sí, y eso lo aturde, no hay reproche, sólo la respuesta a una pregunta que no tiene.

A las siete se levanta para ir a trabajar y sale del departamento con su usual aspecto taciturno, el portero no está pero hay un cartel en la entrada del edificio. Buscan a una periodista que desapareció hace un par de días, contacto, recompensa por información, foto. Le resultó familiar, pero la suprimió y olvidó al subir al taxi.

Llegó a la oficina y el ambiente estaba tenso; pronunció los protocolares “buenos días” y se encerró en su oficina a trabajar. Cerca del mediodía sintió ganas de un café y fue hasta la cocina a prepararlo; estaban Larrahona y el gordo Samuel tomando mate: parecían dos viejas chusmas contándose las noticias. Apenas entró se quedaron callados y bajaron la mirada; “pelotudos”, pensó mientras le ponía azúcar a la taza, cuando sintió que el gordo carraspea y escucha un “che,

pibe... ¿te enteraste?” A pesar de haber recibido nada más que una mirada de indiferencia, el gordo Samuel pasó a contarle que una piba había desaparecido; era una compañera de ahí, que hacía sólo un par de meses que estaba trabajando, que era o parecía buena, un poco tímida pero buena la pendeja. Nadie sabía con exactitud de dónde era, si estaba casada, si tenía hijos o familia alguna. ¿No te acordas de ella?

Volvió a su escritorio pensando en lo que el gordo Samuel acababa de decirle. Compañera, dijo, pero por más que tratara no lograba verla en la oficina. Sin embargo, resolvió que tenía cosas más importantes de las que ocuparse antes de estar pensando o tratando de recordar a alguien que no estaba.

En los días siguientes se buscó en los listados para ver si “por error” la habían cargado. Si así era todos sabíamos que iban a rodar cabezas.

—Atendeme una cosa, pibe. ¿Estás seguro que no la conocías?

—Sí, estoy seguro. No tengo idea quién es.

—Mira que hay algunos que dicen haberte visto un par de veces hablar con ella durante la hora de descanso.

—Ya le dije que no sé nada de ella. Ni siquiera sé su nombre, ni dónde está su lugar. ¿No se fijaron ahí? Quizás encuentran alguna pista y me dejan de joder.

—Me caés bien pibe, pero no te quieras pasar de vivo conmigo.

Volvió cansado y pensando en la desaparecida. Había algo que no le cerraba. Abrió la puerta y pisó varios papeles que estaban en el suelo. Los pateó junto con los demás y siguió hasta la cocina. Se lavó las manos y sacó de la heladera la bolsa con carne. Le gustaba cocinarla salteada, con verduras, al horno o asada; detestaba que le vendieran carne dura, de vaca vieja como solía decirle su abuela, que siempre terminaba en la basura. Pero ésta era diferente, tierna, jugosa, dulce al tacto.

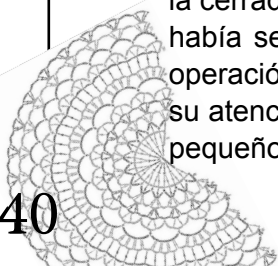
II

Fue mientras cocinaba que se acordó de ella. Al principio de forma insípida y luego con más fuerza. Sí, se acordaba, la veía. Era una de las nuevas del trabajo, tímida pero con cierto dejo de misterio cada vez que lo saludaba en el pasillo. Nunca cruzaron más que esas palabras de cortesía durante esos meses de prueba.

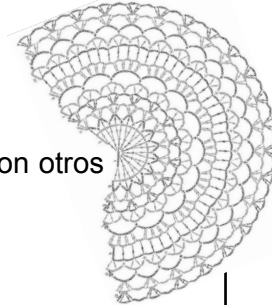
Ya en el living —con su cena— lo inquietó una conversación olvidada con ella. No le atemorizaba la conversación en sí, sino que no lograba escuchar. Se veía con ella, sentados en la cocina durante la hora de descanso. Ella con una pollera larga hasta los tobillos y mocasines, su pelo castaño recogido en una media cola hasta los hombros y su pulcritud en la silla. Sólo eso. Ni una palabra. Al rato se quedó dormido.

Todo sigue tal cual en el trabajo, no hay noticias de ella. El recuerdo lo asalta una y otra vez, y siente la necesidad infranqueable de saber más, así que con la excusa de buscar más café cambia su ruta habitual a la cocina por la que conduce directamente a su oficina, decidido a buscar algo que le ayude a su memoria fallida.

Un escritorio, una silla, el archivo, algunas anotaciones sin sentido y una foto vieja en la que se distinguía una pareja con dos niños pequeños sonriendo; supuso que la pequeña era ella. Revisó los cajones y nada. Notó que uno tenía la cerradura rota y recordó su pequeño diálogo con el jefe; le agradó saber que había seguido su consejo, aún sin haber obtenido resultados. Desistió de su operación detectivesca y cuando estaba a punto de salir al pasillo, algo llamó su atención en el cesto de la basura colocado a la salida de esa oficina: era un pequeño block de hojas gastado y con varias hojas tachadas. Leyó un par de



líneas y comprendió que era una especie de diario íntimo; lo mezcló con otros papeles y se retiró con la excusa de estar descompuesto.



III

Ya en su departamento se decidió a buscar entre esos papeles algo más que lo ayudara a recordar. Mientras leía, se puso a cocinar y sacó la última bolsa con carne de la heladera envuelta cuidadosamente en film. No le gustaba que tomara el olor de las cosas de la heladera, y menos ésta que era tan especial. Comió tranquilo escuchando música y se quedó dormido en el sillón.

Allí estaba ella, tan hermosa con ese vestido marrón que la hacía más esbelta, el pelo recogido por la mitad, su piel tersa, la tez pálida que acentuaba su timidez y su mirada enigmática. Sí, hacía poco tiempo que trabajaba en la oficina, pero había conseguido ganarse el cariño de algunos y su protección. Él jamás se habría fijado en ella de no ser por la intriga que le provocaba su apenas perceptible voz y la forma en la que lo miraba. Cada vez que lo saludaba lo hacía con el temor a recibir su sistemático rechazo natural. Conforme pasaron las semanas comenzaron a charlar y coincidieron en varios aspectos de sus vidas pero -fundamentalmente- en uno-: ambos preferían la soledad.

Un par de veces se encontró tomando café con ella en Bosnia, esquina San Juan, disfrutaba de su compañía pero aún no lograba descifrar qué ocultaba su mirada. Algunas veces rozaba su mano por deleite, y otras tantas se vio besándola cuidadosamente mientras acariciaba su pelo. Nunca fueron a su departamento, y él tampoco lo sugirió. Ella faltaba una vez a la semana a la oficina, que estaba arreglado, algo de lo que él se percató luego de esos acercamientos esporádicos que concertaban. Le dijo que esos días debía cuidar a su madre porque la enfermera tenía trabajo en el hospital.

Coincidentemente, uno de esos días en los que ella no fue a trabajar, él volvió temprano y notó que el portero lo miraba con cierta picardía que no comprendió. Abrió la puerta y, como de costumbre, corrió levemente las cortinas de las ventanas para que entrara un poco de luz en el living mientras se disponía a cocinar. Más tarde se dio cuenta que la puerta del escritorio estaba abierta y una de las ventanas también. Pensó que quizás había olvidado cerrarlas antes de irse, pero estaba seguro de no haber pasado por el escritorio. Igualmente, lo que más llamó su atención fue la ventana abierta. Él casi nunca abría las ventanas. Recordó la mirada del portero y sospechó de él. Echó una mirada rápida a la habitación y -a simple vista- no faltaba nada: había papeles desordenados y cajones a medio abrir. Cerró la ventana y luego la puerta de la habitación.

Salió dispuesto a enfrentar al portero cuando sintió un ruido en el baño. Qué pelotudo, nunca se fijó si había alguien más dentro de la casa. Sacó un cuchillo de la cocina y fue al baño. Abrió la puerta y apretó el cuchillo con más fuerza, pero por el desconcierto de verla allí. Estaba confundido y rabioso de sólo verla ahí, parada, pálida pero sin miedo, como expectante de lo que pudiera pasar. La tomó de los pelos y la arrastró hasta el living, se abalanzó sobre ella y la miró con todo su dolor pidiéndole explicaciones: soltó el cuchillo esperando una respuesta, que llegó en forma de un escupitajo directo a la cara y un pataleo que procuraba el escape.

-¿Quién sos? ¿Qué buscás?

-¿De verdad creíste que yo te quería? ¿De verdad pensás que alguien pueda llegar siquiera a quererte, hijo de puta? No te merecés otra cosa más que la mierda en la que vivís y en la que vas a morir.

Ya no había nada oculto en su mirada, era todo odio y desprecio.

-¡Quién sos! ¿Por qué yo?

—¿Por qué vos? Yo te elegí de entre todos los compañeritos que tenés en esa organización de mierda para la que trabajás. Soy periodista. ¿Asombrado? Decime una cosa, ¿soy buena actriz? Te investigué durante estos meses. Cada acercamiento, cada sonrisa, fue para poder entrar acá, pero nunca diste señales de tener otras intenciones conmigo, así que te seguí. Simpático el portero ¿no? Apenas le dije que era tu novia me dio una copia de las llaves del departamento. Se sintió tan humillado al escuchar eso, que puso las manos en su pecho para callarla, sin darse cuenta que había vuelto a tomar el cuchillo. Ella lo miró con asombro, miró su pecho, su camisa se transformaba en un suave y cálido caleidoscopio rojo. Pronto comenzó a sentir que caía en un sueño pesado, estaba levemente agitada y en su boca comenzaba a saborear la sangre.

Él soltó el cuchillo y saltó a un costado aterrado. No supo si estaba muerta, no quiso saberlo. Era tan hermosa y allí tendida, apacible, con esas cosas rojas a su alrededor. La acarició delicadamente. Después fue a la cocina y comenzó a cortarla ensimismado en la dulzura que eso le provocaba. Hermosa.

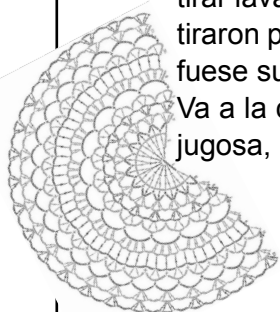
El freezer era pequeño y no le alcanzó para guardar todo, así que dejó el resto en la parte baja de la heladera con la promesa de volver y darle mayor comodidad. Después de todo, la carne se estresa cuando no le das el lugar que le corresponde y se pone fea. Fue al living y limpió el piso con legislación, abrió las ventanas para ventilar. Por suerte no se había manchado la alfombra que su abuela le regaló cuando recién se había mudado. Después se fue al baño y frente al espejo encontró su verdadero reflejo; se vio salpicado con sangre y transpirado, y vio cómo se reproducía infinitamente su reflejo en sus ojos, la camisa manchada, sus manos cortadas, su soledad, la traición y la humillación de ser él.

IV

Despertó a las tres de la mañana asustado, otra vez esa pesadilla, otra vez ella que me mira en un rincón anhelante. Fue eso, otra pesadilla. A las siete se levanta para ir a trabajar, un día más, un día menos. A quién le importa. Vuelve a su casa y, como de costumbre, el portero está en la puerta, pero nota en su tono de voz cierto temor.

Sube las escaleras; llegando a la puerta de su departamento comienza a sentir otra vez ese olor a podrido. Recuerda que el portero le había hecho un comentario al respecto sobre las viejas cañerías, pero no está seguro. Por las dudas va a tirar lavandina en el baño y en la cocina. Abre la puerta y pisa unos papeles que tiraron por debajo. Otra vez quejas de los vecinos. ¡Já! Como si el olor a podrido fuese su culpa; se pueden ir a la mierda.

Va a la cocina dispuesto a cocinar y abre la heladera. Esa carne tan tierna, tan jugosa, irresistible. Pero no: hoy tiene antojos de una tortilla de acelga.



Una noche

Ailén Figueroa

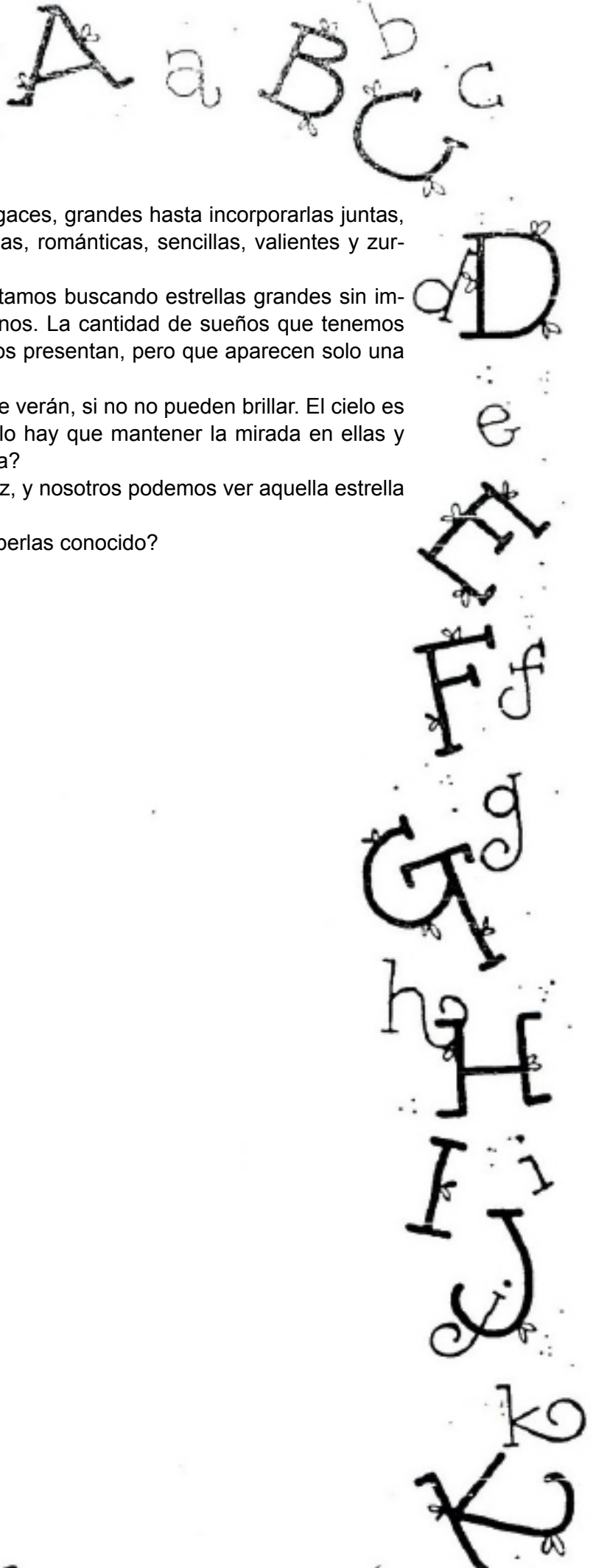
Antes bastaba contar de estrellas fugaces, grandes hasta incorporarlas juntas, llamando muchas nuevas, o parecidas, románticas, sencillas, valientes y zurdas.

Todos los que soñamos, siempre estamos buscando estrellas grandes sin importarnos la luz que tienen para darnos. La cantidad de sueños que tenemos son el número de estrellas que se nos presentan, pero que aparecen solo una noche, una sola.

Mientras más oscuridad haya, más se verán, si no no pueden brillar. El cielo es el escenario de ese espectáculo; sólo hay que mantener la mirada en ellas y saber pedir la noche. ¿Pediste la tuya?

Sube el rayo, el sol empuja con su luz, y nosotros podemos ver aquella estrella que nos iluminó.

¿Cómo habría sido el hombre sin haberlas conocido?



Los autores

- Nicolás Jozami - jozaminicolas@gmail.com
Profesor en el Profesorado y la Licenciatura en Letras UNLAR
Miembro de equipo de investigación UNC
- Victoria Ferrara - victoriaferrara62@gmail.com
Profesora en el Profesorado y la Licenciatura en Letras UNLAR
Miembro de equipo de investigación UNLaR y UNC
- Agustina Garrott - agustinagarrott@hotmail.com
Estudiante de 4to. año de la Licenciatura en Letras - UNLaR
- Ailén Figueroa - ailenchy_16@hotmail.com
Estudiante de 4to. año de la Licenciatura en Letras - UNLaR
- Andrea Barrena - andy190394@hotmail.com
Estudiante de 4to. año de la Licenciatura en Letras - UNLaR
- Agustín Robador - kriss_cs@hotmail.com
Estudiante de 2do. Año, colegio de jóvenes y adultos.